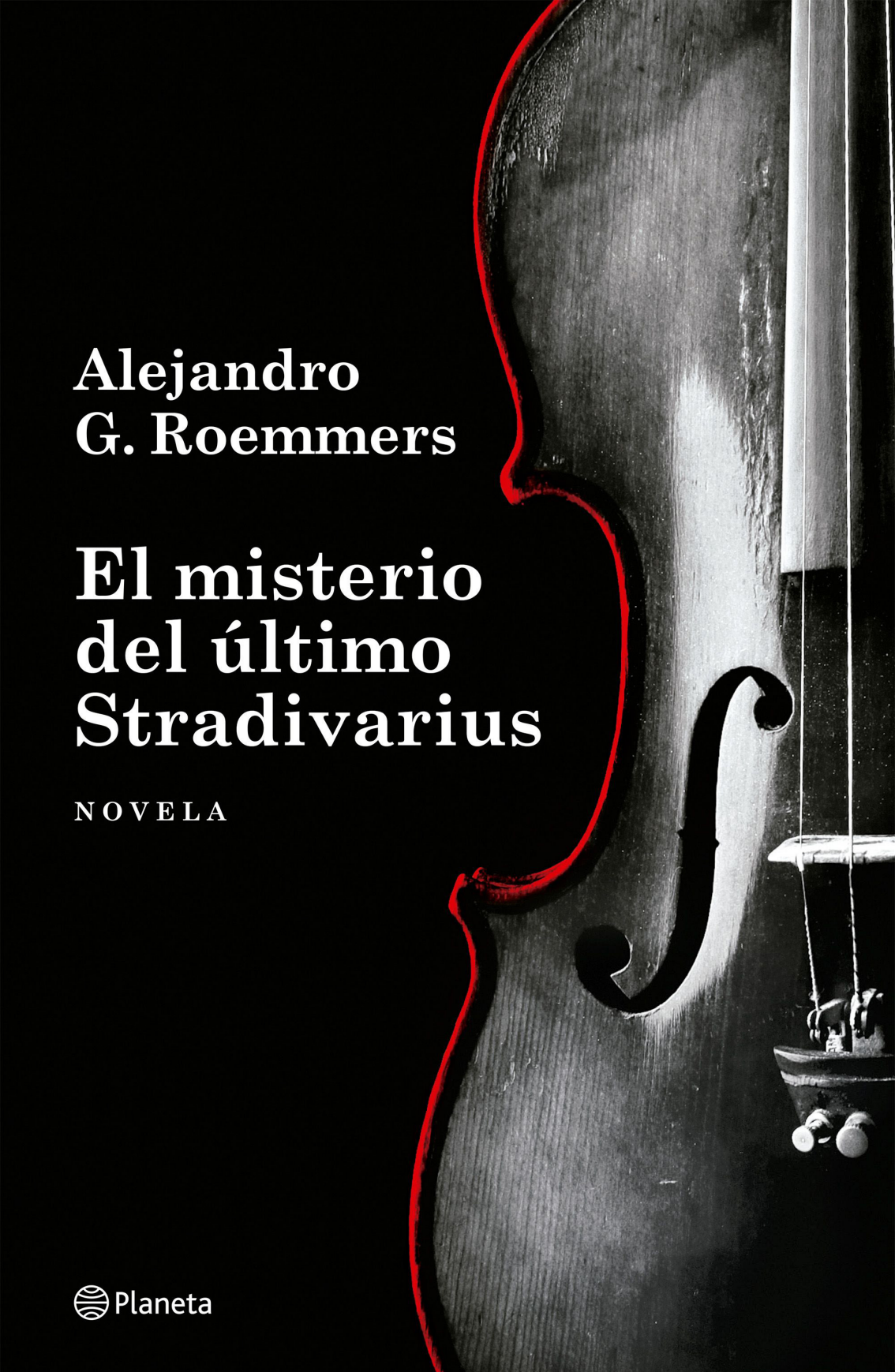




Alejandro
G. Roemmers

El misterio del último Stradivarius

NOVELA

Alejandro G. Roemmers

El misterio del último Stradivarius

1.

Areguá, 22 de octubre de 2021

—Aquí deberíamos vivir, Gutiérrez. —El comisario Alejandro Tobosa respiró hondo, como si quisiera absorber el paisaje verde y florido, el cielo limpio y las casas antiguas de Areguá—. Aquí debería vivir todo el mundo.

Ahí, hasta el aire parecía más limpio que en Asunción, y mucho más que en Santa Ana, el barrio del comisario, usualmente infestado de la fetidez del río, los desagües desbordados y aquel aroma rancio que produce el calor en las zonas muy pobladas. Esa misma mañana había crecido el arroyo Leandro, y el comisario había tenido que sacar el agua de su dormitorio con un balde, repasar los altos con insecticida y rociar los bajos con veneno para ratas. Mientras se ponía un pantalón seco, había pensado que al menos no vivía en el siguiente barrio: Bañado. En su clasificación mental de Asunción, los habitantes de ese lugar eran considerados indigentes en toda regla.

En cambio, en Areguá, a solo una hora de la ciudad —que sería menos tiempo con una carretera en condiciones—, todo lo que veía le parecía más interesante, más atractivo, más civilizado.

—Vivir aquí debe ser aburrido, comisario —discrepó el sargento Gutiérrez, despreciando el bucólico encanto de su entorno—. No se siente calor humano.

—Pero mira qué bonito, Gutiérrez. No me digas que no te gusta.

Pasaban delante de la iglesia Virgen de la Candelaria y Tobosa llenó su vista de belleza, de patrimonio histórico, de la sensación de estar en un lugar donde las cosas podían ser hermosas.

—Parece un cohete que no ha podido despegar, comisario —respondió de nuevo Gutiérrez, mientras bostezaba. Para él, lo trascendental no era el enriquecimiento cultural, sino haber abandonado Asunción a las nueve de la mañana, una hora que aún formaba parte de su madrugada.

Tobosa quiso sacarlo de su error, educarlo, hablarle del castillo de Carlota Palmerola, ese orgullo de la historia paraguaya. O de la preciosa artesanía aregüeña, tributaria de siglos de sofisticación de la cultura nacional. Incluso de la playa de esa ciudad o, al menos, lo más cercano a una playa que podía permitirse un país sin salida al mar: esa orilla del lago Ypacaraí que, sin embargo, transmitía más paz y sosiego que las costas caribes, atestadas de turistas cubiertos de protector solar. Al menos hasta donde Tobosa había podido ver en Internet, alguna vez que había soñado con emprender un viaje loco con su esposa, antes de descubrir que, con el dinero de esa escapada, podrían mudarse a un

barrio mejor por dos años y que, en todo caso, con su sueldo de policía, ambas cosas resultaban inalcanzables.

Pero tenía pocas ganas de entrar en un debate que su subalterno difícilmente entendería.

—¿Falta mucho? —terminó por preguntar, tratando de volver con su mente a temas más terrenales.

—Esto ya es Patiño —respondió Gutiérrez, que no tenía un gusto refinado, pero se orientaba bien y sabía conducir con seguridad.

A su alrededor se alzaban muros, algunos de cuatro o cinco metros de altura, rematados por alambradas eléctricas o punzantes trozos de botellas rotas. La mirada de Tobosa se filtró por algunas puertas enrejadas. Distinguió fragmentos de fachadas históricas, balaustradas de balcones falsamente coloniales o puertas modernistas, todo en medio de frondosos jardines. Imaginó que los ocupantes de esas casas tenían todo lo que necesitaban de la vida —las vistas perfectas, las decoraciones confortables— y que nunca necesitaban salir a ensuciarse con las penas del mundo real. Quizás eso no fuese tan cierto para una persona de otro lugar. Pero él vivía en Santa Ana, y Areguá le resultaba tan lujosa como Londres para un sudanés.

—Siempre tiene que ser la última casa, ¿verdad?

El sargento Gutiérrez detuvo el Ford Fiesta junto a una muralla en el límite de la zona urbanizada. La reja estaba abierta y dejaba ver una casa sin mayor atractivo: un primer piso de ladrillo con un garaje y unos altos de cemento sin pintar. En lugar de cercos eléctricos o vidrios rotos, sus paredes estaban rematadas por un alambre de púas que le daba cierto aire de trinchera.

—Y además, fea —amplió Gutiérrez.

Tobosa examinó la vivienda. Aunque poco agraciada, era bastante amplia, y su entorno de cedros, petiribíes y guacamayos chillones le confería una apariencia bucólica, pastoril.

—No seas exigente, Gutiérrez —dijo con sequedad—. Ya quisieras.

Junto a la reja descansaba un destartalado vehículo con los parachoques abollados, la carrocería descascarada y una puerta entreabierta: uno de los patrulleros de la precaria policía local.

—Buenos días. —Tobosa saludó al agente que esperaba en el patrullero, mientras mostraba su identificación.

El agente bajó del vehículo y se llevó la mano al quepís. Se le notaba el alivio porque alguien más viniese a quitarle de las manos la responsabilidad por lo que había ahí adentro. Los policías locales estaban bastante más acostumbrados a intervenir en robos y peleas de borrachos que al peculiar encargo de esa mañana, una verdadera anomalía en la ciudad, para la que habían tenido que pedir ayuda a la capital. Su voz sonó casi encantada, incluso inapropiadamente feliz, cuando saludó sin siquiera preguntar el nombre del comisario, alentándolo con gestos a ingresar en el inmueble y tomar posesión de lo que ahí le esperaba:

—Pase usted, jefe. Todo suyo.

—¿Quién lo encontró? —quiso saber el comisario.

El agente señaló hacia el otro lado de la reja. Ahí mismo, medio oculta por el muro de la entrada, una mujer carnosa y despeinada, vestida con humildad, murmuraba algo para sí misma con una boca en la que faltaban varios dientes.

Tobosa estaba por reprender al agente por abandonar la escena de un crimen dejando a una testigo adentro, pero tuvo la impresión de que ese pobre hombre no entendería la reprimenda. Se olvidó de él y se acercó a la mujer. Al llegar a su lado, descubrió que lloraba y rezaba en guaraní.

—Buenos días. —Extendió una mano, que ella miró con desconfianza, como habría mirado a una culebra a punto de morderla—. Soy el comisario Alejandro Tobosa. Y el señor es el sargento Gutiérrez. ¿Usted es...?

Gutiérrez se limitó a alzar el mentón hacia la mujer que, devolviéndole la cortesía, lo miró de reojo, sin interrumpir sus sollozos y oraciones, que ambos hombres pudieron escuchar ahora con nitidez:

—... Eme'ẽ oréve ko árape ore rembi'urã, opa ára roikotevẽva; eheja reíkена oréve ore rembiapo vaikue, roheja reiháicha ore rapichápe...

—¿Ya le tomaron su declaración, señora? —quiso saber Tobosa.

—... hembiaapo vaikue ore ndive; aníkена reheja roike rojepy'aráã vai haguáme...

—Todavía no me ha dicho su nombre. —Tobosa insistió, pero la mujer siguió sin hacerle caso y al comisario no le quedó más remedio que cambiar el tono de su voz—. Mire, señora, a lo mejor prefiere contarme todo en la comisaría.

—Ahí la gente se pone muy conversadora —lo apoyó Gutiérrez—, sobre todo después de un par de noches de calabozo. Les da la soledad, pues...

La mujer dejó de murmurar. Mantuvo la mirada fija en el suelo, pero sus siguientes palabras fueron dirigidas al comisario y el sargento:

—Ese señor era muy raro. Ni amigos tenía. Seguro que se lo merecía. Pero la niña... ¿Por qué la niña? ¿Por qué la niña, a ver? ¿Qué culpa puede haber tenido ella?

Tobosa suspiró. Le pasaba con frecuencia que las personas le respondían cosas que no había preguntado. O se defendían de acusaciones que nadie había hecho. Solía dedicar la mitad de sus interrogatorios a aclarar lo que quería saber. En este caso, la pregunta era la más sencilla del mundo:

—Señora, ¿cómo se llama usted?

La respuesta le llegó desde el patrullero que había dejado a sus espaldas. Al parecer, el policía que los había precedido había llegado a cumplir con algunas de sus obligaciones, antes de salir de la casa y abandonar la diligencia:

—Se llama Encarnación —dijo—. Es la limpiadora. Ella encontró... Bueno, todo. Ella lo encontró, cuando llegó a trabajar. Y entonces nos llamó.

—Obra del diablo tiene que haber sido —dijo Encarnación, y retomó el hilo de sus oraciones—: Evyá'ke María, nerenyhëva Tupä Ñandejára remime'ëgui, ha'e oĩ nendive...

—¿Quiere que la convenza, comisario? —preguntó el sargento Gutiérrez.

Era un viejo juego entre los dos. Gutiérrez no mataba una mosca y jamás se había pasado con un detenido. De hecho, solía evitar los enfrentamientos físicos tanto como pudiese, un poco por respeto hacia la vida humana, otro poco por la más elemental cobardía. Pero Tobosa, con su aspecto de burócrata pulcro y su raya del pelo perfectamente recta, imponía poca autoridad, así que Gutiérrez —más voluminoso que el comisario y siempre peor bañado y afei-

tado— solía asumir una actitud amenazante, para que la amabilidad de su jefe resultase más persuasiva.

Sin embargo, a Tobosa le pareció que no era el momento para jugar al policía bueno y el policía malo. Al menos por ahora, el instinto le decía que su misión no dependía de esa pobre mujer.

—Vamos a hacer una cosa, Encarnación —dijo—. Usted nos va a esperar aquí mientras entramos a ver. Así termina de rezar. Y luego salimos y conversamos un rato. ¿Qué le parece?

Los susurros de la mujer se convirtieron en una letanía incomprensible. Tobosa decidió interpretarlos como un sí.

—Cuideme a la señora, agente —le pidió al policía del patrullero, que volvió a llevarse la mano al quepís y le dedicó una mirada de sincero alivio. Esa orden implicaba que no tendría que entrar de nuevo a la casa.

Tobosa y Gutiérrez ingresaron por el garaje. Ahí dormían dos autos que parecían pertenecer no solo a dueños distintos, sino a mundos lejanos: una enorme pick-up y un Porsche de dos puertas. La primera, llena de barro y mugre, como si hubiese atravesado un pantano. El segundo, impecable, como si jamás hubiese salido de ahí.

—Solo se usaba el vehículo grande —comentó Tobosa.

—Claro. ¿Quién va a usar un deportivo de estos aquí, comisario? Si las carreteras son una mierda. ¡Solo se puede ir a treinta!

—A mí me dice otra cosa esto, fíjate. El dueño de estos vehículos se dedicaba a transportar algún tipo de carga. Debía irle bien, por eso se movía mucho en la pick-up. En cam-

bio, el Porsche lo tenía nomás para gastar el dinero. O para mirarlo, fíjate que hay gente así, que solo quiere recordarse que ha comprado las cosas, aunque no las use.

Gutiérrez analizó las palabras de su jefe lentamente, como si masticara una carne dura, y luego preguntó:

—¿Y qué carga podría ser la que llevaba? ¿Drogas? ¿Armas?

El comisario Tobosa se encogió de hombros. A falta de guantes de exploración, se sacó del bolsillo dos bolsas de plástico y se las puso en las manos. Intentó abrir los vehículos, pero tenían puesto el seguro. Se detuvo en la pick-up, que parecía llena de información interesante.

En las esquinas de la tolva, marcas de barro en ángulo recto sugerían el rastro de cajas grandes y sólidas, con volumen suficiente para guardar una lavadora o un dóberman. Sobre el suelo había correajes sueltos y varios raspones, líneas rectas y gruesas, producidas, al parecer, por esas mismas cajas. Tobosa las tocó con los dedos, como si pudiera descubrir qué las había producido.

—¡Comisario! —Oyó entonces el grito de Gutiérrez—. Venga a ver.

Reparó en que el sargento había abandonado el garaje y lo llamaba desde adentro. Cruzó la puerta interior y se encontró en una estancia similar a la anterior, solo que mucho más amplia, sin muros divisorios. A juzgar por las paredes grises y los suelos de cemento pelado, parecía otro estacionamiento. Pero el espacio diáfano y desangelado albergaba un contenido que lo asombró.

—¿Qué es esto, Gutiérrez?

—Parece un museo, ¿no?

De arriba abajo, de un lado a otro, los muros estaban llenos de estanterías con toda clase de objetos inesperados, como jarrones, esculturas, muebles, candelabros y, especialmente, instrumentos musicales: guitarras, arpas, contrabajos. Tobosa desconocía el nombre de la mayoría de las piezas que ahí se exhibían. Pero, si las casas de la ciudad lo habían impactado con su hermosura, estas otras maravillas relucientes, de diseños intrincados, confeccionadas con mármoles, maderas vistosas y metales preciosos, lo dejaron sin aliento.

Gutiérrez había recogido la escultura de un hombre joven, desnudo y esbelto recostado en el suelo con una espada en la mano.

—Está clarísimo, comisario —aseveró—. Lo que aquí ha habido es una pelea de invertidos. ¿Quién si no se compraría una de estas mariconadas?

Tobosa se dejó arrastrar hacia una porcelana china con dibujos de dragones y la acarició mientras respondía distraídamente:

—Es una teoría.

—Solo hace falta tener ojos en la cara.

Dieron un par de vueltas por todo el piso. Gutiérrez parecía impermeable al encanto de aquellos objetos y se rio de un timón de barco («Mire, como una rueda de bicicleta») y de un cuadro renacentista («¿Y por qué no se buscaron una modelo más flaca?»). Pero Tobosa recorrió las piezas fascinado, penetrando en una dimensión de la estética que hasta ese día ignoraba.

De repente, al comisario le pareció inapropiado estar disfrutando de la visita. No habían acudido a admirar artesanías.

—Mucha tontería, Gutiérrez —dijo señalando las escaleras que ascendían a la segunda planta—. A trabajar.

Ambos sabían que lo que había aterrorizado al policía del patrullero y enloquecido a la anciana de la limpieza se encontraba arriba. Subieron cada peldaño muy despacio, con miedo, con precaución. Por fin, al abrir la puerta, comenzaron a enfrentarse con lo que venían a investigar.

Ahí se hallaba la zona residencial de la casa, empezando por un amplio salón. A primera vista, estaba tan pulcramente ordenado como el piso de abajo. Modernos y caros, los muebles parecían colocados al milímetro: todas las sillas se hallaban alineadas a la misma distancia de la mesa. Las paredes estaban pintadas de blanco y una enorme computadora ocupaba un escritorio rodeado de estantes llenos de libros.

Como un relámpago en una noche serena, lo único que estropeaba el orden era una silla fuera de lugar, pegada al último rincón que se veía al entrar, oculta detrás de la puerta. Llamaba la atención por las manchas que la rodeaban, como un barro espeso, que también salpicaban la pared y el suelo. Eran sangre del cadáver que permanecía sentado sobre la silla, mirándolos.

—Tiene cara de molesto, ¿no?

—Este ya no tiene cara de nada, Gutiérrez.

En efecto, el rostro estaba tan amoratado y ensangrentado que no se podía distinguir la menor expresión. Algunos pedazos parecían mordidos con una tenaza o una pinza gruesa. Tenía la camisa arremangada y los antebrazos quemados con cigarrillos. Tres colillas yacían a pocos centímetros de sus pies.

—¿Qué le dije, comisario? —dijo Gutiérrez—. Pelea de locas. Celos. Drogas. Esas cosas.

—Le han dado una buena paliza —dijo Tobosa—. Pero no se murió de eso.

El comisario rodeó el cuerpo, que estaba atado con unas correas idénticas a las de la pick-up. Por la nuca le había entrado un balazo que, además de causarle una muerte inmediata, añadía deformidad a la parte frontal.

—Tanto pegarle en la cara para luego matarlo por la espalda —comentó Tobosa—. Como si no quisiera que lo reconociese.

—Para matarlo sin mirarlo a los ojos —señaló Gutiérrez—. Es más fácil así. Por mucho que lo odies, es complicado matar a alguien cara a cara.

—Un día me explicarás dónde aprendiste esas cosas, Gutiérrez.

—En la universidad de la vida, comisario.

—Será la de la muerte, más bien.

Mientras se acercaban a la siguiente puerta, Tobosa no pudo dejar de contrastar las imágenes de ese día. La iglesia Virgen de la Candelaria y la casa con alambres de púas. Las bellísimas antigüedades y el horrendo cadáver. Pensó en lo cerca que podían estar el horror de la hermosura. A veces, era incapaz de evitar pensamientos de esa clase, que luego ahuyentaba de su cabeza como a mosquitos. Porque no servían para nada.

La última puerta de la planta daba a un pasillo distribuidor con otras cuatro puertas. A la derecha, una cocina amplia con utensilios de calidad, igual de ordenados que todo el resto de la casa. A la izquierda, la austera habitación de

un adulto con algunos objetos fuera de la cama y una mesa de noche atiborrada de libros antiguos. Con toda seguridad, el dormitorio de la víctima.

Casi al final del pasillo, encontraron una habitación muy diferente, forrada con afiches de mujeres glamorosas que miraban a cámara provocativamente. Aunque apenas sabía algo de música, el comisario reconoció a algunas por los videoclips que a veces se le aparecían en algún restaurante o bar. Tenían nombres como Rihanna, Jennifer López, o el que más gracia le hacía: Lady Gaga.

—Aquí vive un adolescente —concluyó Tobosa en voz alta.

«¿Por qué la niña, a ver? ¿Qué culpa puede haber tenido ella?». Las palabras de Encarnación, la mujer de la limpieza, resonaron en su memoria.

Gutiérrez debía estar pensando lo mismo, porque se había apostado frente a la cuarta puerta —la última de todas— y, a pesar de su impertinencia habitual, no se animaba a abrirla. Jamás había necesitado que Tobosa le dijese qué hacer, y ahora lo miraba esperando una orden que lo obligara a proceder.

—Solo puede estar ahí —informó Tobosa—. ¿Qué estás esperando?

El sargento suspiró, giró el picaporte y empujó la puerta. Dentro del baño tampoco hallaron señales de lucha. Las lociones, los perfumes y los dentífricos se alineaban en una estantería sobre el lavabo. El papel higiénico estaba perfectamente enrollado en su tubo. El suelo relucía. Y la alfombra blanca se veía impecable, sin una sola pisada ni una mota de polvo.

Incluso la joven de la bañera parecía pacífica, como si se hubiese dormido durante un baño de espuma. Hacía falta detener la vista en su rostro para descubrir el tono morado que comenzaba a oscurecer una piel que, sin duda, había sido suave y blanca.

En realidad, lo único que delataba la violencia era el agua. O, más bien, la sangre que la teñía.